

Juan José Menéndez, director y primer actor, con Lina Morgan, en «Boeing? ¡Boeing!», comedia de Camoletti que se ha estrenado en el teatro Eslava



CUATRO ESTRENOS Y UN "BALLET", ARRANQUE DE TEMPORADA

Por JOSE MONLEON

La temporada ha empezado. Cuatro estrenos en una semana y presentación del American Festival Ballet. Cuando escribo este comentario, otro título en puertas, «Las entretenidas», de Miguel Mihura. El viernes, «El deseo bajo los olmos», de O'Neill, y quizá esta misma semana, «Alrededor de siempre», la obra de Moncada que ganó el premio Isaac Fraga. Las vacaciones teatrales han terminado.

primera impresión

En el ambiente, ganas de ir al teatro. Vi las obras —no siempre en su estreno— con mucho público en la sala. Supongo que a estas alturas alguno de los títulos empezará ya a conocer la angustia de no interesar. Será, en algún caso, una angustia merecida. Porque, la verdad, aunque a uno le encantaría poder escribir que los primeros estrenos han sido excelentes y que Madrid es la primera capital teatral del mundo, lo que hemos visto hasta ahora es bien poquita cosa.

Un dato común debe registrarse: mayor audacia, o mayor tolerancia, con respecto a los temas abordados y a su tratamiento escénico. Me parece estupendo. Es lógico que, en principio, cualquier apertura sea aprovechada en sus aspectos más superficiales. Se ha empezado por sacar a señoritas en combinación o en pijama. Tiempo vendrá en el que a las nuevas circunstancias corresponda un teatro más responsable. Esperemos que la tesis de una de las criadas de Alfonso Paso —en «Las que tienen que servir»— no prospere, y que no sea cierto que a los dos días de libertad se empieza a ser indecentes.

Vamos a ver lo que el teatro de los Rodríguez, Méndez, Muñiz,

SIGUE



La «Joven generación» es la ingenua versión de J. M. Zabala. «Ginebra para cenar» ha sido estrenada en Recoletos. De izquierda a derecha, Carmen Rossi, Carlos Villafranca, Mayra Rey y Patricio Chico

Sastre, Buero, Rodríguez Buded, Lauro Olmo... y los que salgan, gana con esta apertura.

«Las que tienen que servir», de Alfonso Paso

Indudablemente, es el título más «considerable» de los cuatro primeros de la temporada. Vi la séptima representación, el domingo por la noche, con la sala absolutamente llena. En las siete ocasiones se habían agotado las localidades y había saludado el autor al final de cada acto. El acuerdo entre el autor y la mayor parte del público parecía, pues, absoluto.

Las razones de que esto sea así son varias.

Está, primero, el innegable sentido teatral de Alfonso Paso. Su habilidad para la síntesis, su capacidad para desarrollar unos textos en exclusiva función del juego escénico. «Las que tienen que servir» es una comedia movida, con el chiste y la ocurrencia a flor de piel, donde se prefiere el golpe burdo, la distorsión más increíble, antes que la reflexión crítica de una mínima agudeza. Al público no se le da tiempo para pensar. Se le conduce a través de frases contundentes.

Está, luego, el objeto de esta contendencia. Varios chuletas españoles roban y toman el pelo a un grupo de norteamericanos. Hay hasta un pasodoble, a cuyos compases torea la extravagante dueña de la casa. Se despliega la bande-

ra. «El rojo significa nuestra sangre, el gualda...» «Los americanos no tenéis nada en la cabeza.» «Más valdría que en vez de llevaros los pobres al Paseo de Extremadura para fotografiarlos, retratasteis nuestro rascacielos de la plaza de España.» En este punto, la noche del domingo, un enfervorizado espectador se puso en pie y gritó: «Viva España...!»

Hay una tercera razón del éxito: la interpretación y la dirección. José Luis Sáenz de Heredia ha desarrollado un juego escénico lleno de viveza y solidez. Todo el mundo está tremendamente eficaz. Las frases cómicas y las frases patrióticas son sabiamente subrayadas. Aunque en descargo de Paso deba decir que la obra apunta una tímida denuncia a la «pereza española», que quizá por la dirección queda muy en segundo término.

Conchita Velasco y Agustín González están todo lo vibrantes que la ocasión demanda. Gracita Morales y Manolo Gómez Bur aprovechan todas sus frases para divertir al público, a veces sin someterse al contenido sentimental de algunas escenas. Con todo, el éxito de estos cuatro actores es indudable y completo.

Y dentro de los límites que he impuesto a este comentario, poco más he de añadir. Según Alfonso Paso, los americanos son todos unos cretinos, y nosotros, con un poco menos de pereza, estaríamos en el mejor país del mundo. Con respecto a la segunda parte de la proposición: Así sea.

«¿Boeing? ¡Boeing!», de Marc Camoletti

El teatro de «boulevard» tiene su fórmula infalible. La perfeccionó Georges Feydeau, y Claude Magniel —el de «Oscar» y «Blas»— es uno de sus últimos cultivadores. Doy estas referencias para situar al lec-

tor con respecto a la comedia de Marc Camoletti, versión de José Luis Mañes, que acaba de estrenarse en el Eslava. La estructura de este teatro es siempre la misma: más señoras que señores, o más señores que señoras, y muchos portazos y carreras para que cada cual pueda sostener su trampa.

En «¿Boeing? ¡Boeing!», la trampa la hace un señor que tiene organizado su servicio sentimental con tres azafatas, cada una de las cuales está a su lado distintos días de la semana. Todo marcha bien hasta que las líneas aéreas cambian sus vuelos y las tres mujeres se presentan a un tiempo en casa del señor. Un amigo le echa una mano, y cuando parecía imposible, hay final feliz.

Comedia, pues, ligera, que empieza con un «twist» en el altavoz, y a la que no falta algún ingenuo y defensivo ataque contra los «señores pelmazos». Es curioso que en este teatro ligero se confundan tantas veces las cosas y se planteen dilemas entre el sentido común y las señoras estupendas... ¡Como si no fueran una misma y venerable cosa!

Juanjo Menéndez, director y primer actor, ha procurado mantener una línea de velocidad y optimismo. Este teatro tiene su fórmula invariable y a ella se ha sujetado el director y toda la compañía. Señalemos la eficacia cómica de Lina Morgan —que abusa de recursos de revista, especialmente en los mutis— y la presencia de Ana María Vidal, Marisol Ayuso y May Hetherley, las tres azafatas. Hugo Pimentel, en un papel importante, es el otro intérprete.



«Las que tienen que servir», de Alfonso Paso. Teatro Infanta Isabel. En la escena, Manolo Gómez Bur, Gracita Morales, Agustín González y C. Velasco

A «¿Boeing? ¡Boeing!», celebrada con aplausos la noche del estreno, le falta un poco más de picardía escénica para alcanzar los arquetipos del teatro de boulevard. Y es que, dentro de una acción absolutamente inconsistente, es un problema técnico muy difícil de sostener dos horas sin que asomen los baches.

«Ginebra para cenar», de J. M. Zabalza

Creo que esta es la tercera obra que estrena Zabalza en Madrid. Sigue más o menos donde empezó, aunque en esta ocasión haya pretendido decir muchas más cosas que en «Camerino sin biombos» y en «Pensión Rosita».

El problema esencial de Zabalza dramaturgo es su ingenuidad. La desproporción infinita entre las ideas y sus propósitos.

En «Ginebra para cenar», por ejemplo, pretende analizar una generación española y establecer una relación de responsabilidad entre ella y las causas de su desamparo. De algún modo, su obra tiene algo de involuntaria caricatura de una vertiente temática, en la que podrían englobarse desde el «Mirando hacia atrás con ira», de Osborne, hasta las películas de Chabrol sobre los estudiantes de Saint Germain. A este propósito, quizá no esté de más recordar que a los torturados personajes de «Les cousins» opuso Marcel Carné el paternalismo de «Les tricheurs». Y es que nada hay más peligroso que

presentar ovejas descarriadas sin explicar lucidamente las causas... Al final, todo el mundo piensa que lo que hace falta es un pastor.

Como este punto, hay otros muchos en la obra. Quiere ser una pieza rebelde y acaba por ser, en el peor sentido, una pieza suplicante. Quiere defender a unos artistas —¡cuánta reminiscencia de los diálogos de las películas de la «nouvelle vague», con sus incisivos eróticos y algún clásico en el tocados!—, y más bien acaba produciendo efectos contrarios. Quiere profundizar en un problema y, en cambio, lo trivializa hasta pulverizarlo...

La estructura de la obra, en su aspecto formal, acusa a las claras el origen cinematográfico de Zabalza. Hay un concepto del montaje, del fundido, de la banda sonora, del ritmo, que si no nuevos, puede decirse que son inusitados en la escena española. Esteban Polls, el director, consiguió que la mecánica de la representación no tuviera un solo fallo.

Los actores son, en su mayor parte, desconocidos. Algunos están francamente mal. Destaca, por mejor oficio, por más hecho, Carlos Villafranca. También, siquiera por su belleza y su afán de sinceridad, quiero citar a la nueva Mayra Rey.

una obrita cómica y un «ballet» venido a menos

Cierro esta referencia crítica de la apertura de temporada señalando el estreno, en el Cómico, de «Un señor con barbas», comedia de Teje-



Rafaela Rodríguez y José Alfayate en la comedia «Un señor con barbas», de este último y Tejedor, estrenada en el Cómico



En el teatro Goya tuvimos para empezar la temporada una conocida compañía de danza: el American Festival Ballet, que ya ha tenido ocasión de actuar para el público madrileño

dor y Alfayate, más o menos igual que las que habitualmente estrenan. El personaje protagonista lo interpreta Alfayate con una dignidad muy de agradecer, dados los peligros que encierra. Se trata de una señora, convertida en un señor barbudo, a la que andaba buscando su antigua pareja... La receta, cómica a fin de cuentas, es la de siempre.

Finalmente, junto a los espectáculos dramáticos, un «ballet»: el American Festival Ballet, que se presentó en el Goya con un programa que, en su mayor parte, ya conocíamos. Lo malo es que nos parece que el «Ballet» está muy lejos del que vimos hace tres años en los Festivales del Retiro. Ha perdido armonía, aquel vigor de «ballet» joven con el que compensaba la falta de primerísimas estrellas... Y eso que entonces contaba con algunas figuras —Sonia Arova, Irene von Klenan...— que no actuaron tampoco en el programa del Goya que yo vi.

J. M.

(Fotos Alfredo.)